

DOS NÚMEROS POR SEMANA.

Recreo, moralidad, instruccion.

PRECIOS.

MADRID.

Tres meses.	9 rs.
Seis id.	16
Un año.	30

PROVINCIAS.

Tres meses.	10 rs.
Seis id.	18
Un año.	34

DIRECCION.

Calle de los Caños, núm. 4, bajo.



REGALOS Á LOS SUSCRITORES

Literatura, ciencias y artes

PRECIOS.

EXTRANJERO.

Tres meses.	22 rs.
Seis id.	38
Un año.	74

En París recibe suscripciones y anuncios para El CASCABEL, M. E. Pierron.—Boulevard Magenta, 141.
Se suscribe en la Habana. Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.

AMÉRICA.

Seis meses.	38 rs.
Un año.	70

FILIPINAS.

Seis meses.	60 rs.
Un año.	110

ADMINISTRACION.

Calle de los Caños, número 4, bajo.

EL CASCABEL.

EDITOR Y DENTOR, D. C. FRONTOANA.

PERIÓDICO FESTIVO.

ADMINISTRADOR, D. F. PEREZAGUA.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

POLITIQUELLA.

La España ha dicho el otro día que en su tierra y la mia hay muchas personas honradas y trabajadoras que reniegan de la política.

Es una verdad como un templo, que EL CASCABEL viene repitiendo desde que empezó á publicarse, y nos parece muy bien que periódicos políticos por todos cuatro costados, políticos hasta lo absurdo, caigan ya en la cuenta de que el país está cansado ya de política, que siempre la hemos de llamar *poliquitilla*, y de que todos quieran acudir oficiosamente á remediar sus males, y sin embargo, sus males vayan en aumento.

Desde ántes de haber nacido estamos oyendo hablar de los sacrificios por el país que ha hecho Fulano, del amor de Zutano al país, de los grandes servicios que ha hecho al país Mengano, de lo que ha trabajado en pró del país Perengano, y en fin, estamos oyendo proponer sistemas políticos, y estamos viendo la aplicacion de algunos, y leyendo en los periódicos constantemente lo mismo, ó sea que el Gobierno es malo, si se le hace la oposicion, ó que es el mejor de todos, y no hay por ende otro como él, si se deja querer, y el periódico es ministerial, desinteresadamente por supuesto, porque los sueldos de 30, 40, ó 50.000 que gozan los redactores, eso á su mérito se lo deben, y no á la amistad que profesan al Gobierno.

España está en el mismo caso que un enfermo muy rico, á quien visitaran precisamente unos cuantos médicos, que se hubieran propuesto hacer durar la enfermedad.

O es condicion tristísima de los políticos que la politiquilla les ciegue y no les deje ver por dónde van, ó la politiquilla trae consigo una multitud de malas pasiones, que impiden todo resultado grande y favorable al país, ó si no, el país debiera estar á estas horas como una balsa de aceite, sin deudas, ó á lo ménos sin deudas tan enormes, sin conspiraciones, sin tan imponente ejército de clases pasivas, sin tanto ejército activo, y en fin, prosperando á la par de otras naciones, y sin tener que pedir nada á nadie, ni que exigir sacrificios al contribuyente; porque despues de tantos años de hacer y deshacer leyes, de levantar y arrojar ídolos, de motines y trastornos; despues de tantos ministerios; despues de haber pasado por el Gobierno todos los hombres de saber, de virtud, de valor, ¿cómo es, señores politiquillos, que nos hallamos tan poco adelantados?

Al país no hay que echarle la culpa, aunque aquí es muy comun decir á cualquier contrariedad, cuando nos sale mal un negocio, cuando no hacemos todo nuestro gusto, es muy comun decir:—¡Qué país! ¡Hombre! ¡qué país! ¡En este país no se puede hacer nada!—¡Ha visto V. qué país?...

Y así atribuimos al país lo que suele ser descuido ó torpeza de cada *quisque*, ó de muchos *quisques* juntos.

Lo que está el país es cansado y abatido por obra y gracia de los politiquillos, cansado de todo, cansado de que le tomen por pretexto para lo malo como para lo bueno, cansado de motines, cansado de que le prometan muchas cosas y no se las cumplan, y en fin, deseando que el mal de la política se corrija, si es que puede corregirse.

Y que puede corregirse este mal es indudable, que aun podemos alentar y levantar la patria á la altura que merece y que ha tenido ya, es verdad que no tiene réplica.

Una familia, pongo por caso, está dividida y desunida por mezquinas rencillas, por pueriles quejas, por chismes y cuentos de gente mal intencionada. Así está la familia años y años, hasta que un día un alma buena, viendo la ruina de los intereses de la familia des-

unida, propone á todos sus individuos la union y el olvido de toda querella, y les hace ver el poco fundamento de su odio, lo que ofenden á Dios con él, y sobre todo, lo que se están perjudicando todos en sus intereses por no querer ceder cada uno un poco y reunirse á tratar de sus asuntos, y á vivir en la armonía en que Dios quiere que vivan las familias.

Y la familia ve efectivamente que ha estado muchos años haciendo una gran tontería, dando pasto á la murmuracion, y con su discordia una gran satisfaccion á personas extrañas, que gozaban viendo á la familia en perpétua guerra, y aprovechaban las mismas armas que les daban los individuos de ella, sin querer dárselas, para desacreditarlos y enzarzarlos más todavía, y se reconcilia y se asombra de que de insignificantes motivos, por pequeñeces y trivialidades, se haya podido formar aquel odio que parecia inextinguible, y que la luz de la razon ha presentado al fin en toda su ruindad y pequeñez.

En idéntico ó parecido caso está la familia política. Los moderados miran á los neos como suegros, á la union liberal la miran como cuñada los progresistas y los moderados, los neos miran á todos como á yernos introducidos en la familia, á disgusto de los papás, que son ellos; los moderados son padrastros para los progresistas, y entre todos reina la más completa discordia, y no parece que todos son españoles, sino que cualquiera se figuraria que cada grupo pertenece á raza distinta, á distinta patria, segun la cordialidad con que se odian y el empeño que ponen en hacerse cruda guerra.

Y el país, que es el abuelo de todos, el que no se mete en nada, el que quisiera siempre paz y reposo, y ver á sus hijos todos contentos, unidos, amantes y mirando todos por todos, se cansa de presenciar esta crudísima guerra, y se entristece viendo la cuenta que dan de sus intereses los más interesados en conservarlos.

De los males del país no echamos la culpa á determinado partido ni á determinadas personas; á todos les toca algo de responsabilidad; al gobernante ambicioso como al funcionario descuidado, al periodista osado como al ministro perezoso, al general soberbio como al político vengativo y rencoroso, todos han contribuido á traernos al estado en que nos hallamos.

Y como consecuencia de las faltas de los Gobiernos, las faltas de los gobernados. La perversion de las costumbres políticas trae la perversion de las costumbres sociales, la soberbia y la ambicion de los grandes, la ambicion y soberbia de las medianías, el fausto y el rumbo de los que lo pueden sostener, aunque no todo el que pretenden sostener, el lujo y la vanidad de los que no pueden ni deben, de ningún modo, salir de su esfera.

El Estado debe, el rico debe, el pobre debe, todo el mundo debe, porque el Estado, el rico, el pobre y todo el mundo ha gastado más de lo que tenia, todo el mundo se ha entregado á la buena vida, á holgar, á darse importancia y á no ser ménos que el vecino, y la consecuencia ha sido el desbarajuste general.

Y luego, aquí no hay más que exageraciones. Los Gobiernos, ó tiran tanto de la cuerda que se exponen á romperla, ó dan cuerda larga y dejan que todo el mundo se despache á su gusto, y cada cual tira de ella por su lado; la prensa, ó calla como muerta, ó ha de hablar á veces diciendo todo lo que se pueda y lo que no se pueda decir, todos hemos de querer empleitos, todos tenemos pretensiones de diputados, y en fin, todos creemos que es injusticia que no se nos nombre ministros, y todos tenemos puestos los ojos en el vecino, y en vez de cuidar de nuestros intereses y de nuestros adelantos, nos cuidamos de los del prójimo, y nos quejamos de su suerte, y si podemos, no le dejamos de poner los obstáculos que nuestro celo nos sugiere.

Vuélvase, pues, cada cual á su lugar, ceda cada cual un poco en sus aspiraciones, olvidense los motivos de

queja, sofóquense los odios, impóngaseles silencio, que para eso nos ha dado Dios la fuerza de voluntad, destiérrese toda exageracion, pongámonos todos en el justo medio, gaste cada quisque un poco ménos de lo que tenga, ayudémonos los unos á los otros, y todo se arreglará, y no habrá motines ni sangre vertida, y al cabo de tiempo viviremos en prosperidad y los extranjeros nos mirarán de otra manera.
Y si no, ¡apaga y vámonos!

EL CABO GANCHO.

(Cuento inverosímil.)

DE LO QUE VERÁ EL CURIOSO LECTOR.

No podríamos decir á punto fijo el día ni aun el mes de esta por demás sabrosa anécdota; pero es lo cierto que allá por los tiempos... de pretérito perfecto, habia en la guarnicion de Barcelona un cabo de escuadra, llamado en lista Ramirez y fuera de ella *Gancho*, como que no tenia rival en esto de enganchar mozos de leva para el servicio del rey.

No es maravilla, si se advierte que el tal Ramirez era andaluz de pura raza, y habia sido ántes que cabo corredor de cuatropea en las ferias de Sevilla, y ántes que corredor, porta-equipajes del pueblo gaditano.

Debía tambien parte de sus triunfos á las simpatías de su graciosa persona, siempre descoyuntada en zalemas que parecian de respeto, y eran en verdad de *guasa*.

Despues de todo, meneaba con tanto garbo la casa, que más que cabo, semejava oficial abanderado.

No sabía, empero, de letra; y sin embargo, habia ascendido á tal categoria en gracia de sus aptitudes, á las que debió otro ascenso, que vendrá á ser la corona ó desenlace de este paso de comedia.

Una vez habia que hacer un gran enganche, y el cabo mayor del Principado abrió bandera en la capital, mandando que salieran á recorrer los pueblos las partidas ordinarias de recluta.

En virtud de este mandato, los jefes de los cuerpos eligieron los oficiales, sargentos, cabos y soldados más idóneos, los cuales partieron luego á sus destinos, quedando en la guarnicion el cabo *Gancho*, á quien hubo de olvidar voluntariamente su capitan, por no saber de letra ni de pluma (el cabo, se entiende, que el capitan sabia en punto de letra todas las veintisiete del abecedario, aunque no tantas en punto de ortografía, como quiera que se firmaba siempre *Onorio Gervero*.)

Diremos en abono de este olvidadizo capitan, que siendo nuevo en la compañía, ignoraba los puntos que calzaba el cabo *Gancho*, sino en el arte de leer y de escribir, y en el de enganchar buenos mozos para las armas reales.

Pero si esta ignorancia puede abonarlo con nosotros, no lo disculpaba con el humillado cabo *Gancho*, en cuyo fuero interno hubo de estallar una rebelion armada, digámoslo así, para dar una idea más exacta de su gran resentimiento.

—¡Mu bien, seño On Honorio Guerrero! decía á sus solas tirándose del mostacho. ¡Mu bien!

(Recordamos en esta oportunidad que el cabo andaluz no sabia de letra, para que no se extrañe que omita alguna que otra, bien que escribiera con todas las suyas el nombre de su capitan, sin cosa de tinta ni pluma, ó sea nombrandolo, como ahora, sin escribirlo.)

—¡Mu bien! Jiso osté un pan como unas hostias. Rímete osté aljunto en la partía al cabo Surdo, que se

güerve á la disquerda cuando mandan á la erecha; rimate osté inclusivie con la partia sósudicha al cabo e cuadra Juan Romo, surdo tamién, sino e manos, de chinumen; rimate osté para el mes no rispitiivi jasta el cabo Malaluenga, que es tartaramuo el probe como un niño barbuisiente, y deja osté aquí reclusio á toito el cabo Gancho, que grasis á Dios no es surdo e dinguno e sus reimos ni ménos tartaramuo e dingun sintio. Esto es mandar, no lo duo, pero es mandar con los pieses. Y los pieses son pa dir á toitas las partias, y la luenga pa jablar, sigun resa la ordenansa. La ordenansa dise que el cabo Gancho ja e farta en la bandera de enganche. No lo dise, pero lo debia disir.

Y el agraviado Ramirez se dejó caer á plomo en su camastro, como si fuera su pesar un peso enorme.

—Prosupuesto, añadió luego, el rey nuestro señor (que Dios guarde), es quien más pierde en la partia, que pierde tresientos mosos que eran ya jabas contas; yo no pierdo más que el plus hurta de campaña, que es por sierto una perdia bastante rigular; pero en fin, y úrtimamente siempre me quea el pan y el pres. Lo que sien-to es el bochorno de no jaseme inclusivie en las partias de recruta, tiniendo yo tos los méritos, sin atrasar á naide u atrasándolos á tos, poi que soy el cabo Gancho. Y ¿qué jaré ¡voto á cien mil cañonazos! pa salir de mi cu-diao? ¿Onde ni cómo he de formar en la fila, si no soy ya el cabo Gancho? ¡Qué velguensa!

Y José, que éste era el nombre bautismal del cabo Gancho, se pasó la mano por la cara, limpiándose la vergüenza, como si fuera sudor.

Despues de una breve pausa, se preguntó á sí mismo:

—Ea, Pepe, ¿qué jarás?

Y dejó pasar otro momento en reflexion negativa.

—Vamos á ver si respondes, volvió á preguntarse luego.

Y entónces se levantó con aire de poseer ya la idea, y echando mano al fusil, se contestó resueltamente:

—Na; susidiarme á mí mesmo: esto es lo que jaré, como único rimedio de ricuperar la honra perdia.

Sino que al punto hubo de modificar su arranque, diciendo con mucha prudencia:

—Pero un tiro jaria mucho ruido y aluego me jaria Su Majestá cargos de consensia. No, no me susidio. Pero esto, señó On Honorio Guerrero, no pue quear así al dintistato, pa que silva este endivido de buslería en el cuartel: nó, señó, mi capitán, y perdone osté la es-cortesía, que onde las dan las toman, y atrás viene quien las endersa. Me quejaré agora mesmo al Mayor, al coronel, al general, al mesmo rey en presona, jasta á ls Santísima Treniá, que son tres presonas más. ¿Qué pue ser? ¿Que me quiten el empleo? ¡Várgame Dios! Y pa qué quiero esta insinia si no soy ya el cabo Gancho? Más que perdiera la via ajorcao en la plasa públca, me quejaria tamién, mi capitán, y perdone osté el esataco, que al fin y al cabo, cabos semos tos de esta caena; quiero disir, deslabones. ¡Que m'ajorquen! más ántes que la via es el honor melitar.

Y esto diciendo, se echó resueltamente á la calle.

II.

DE LO QUE ERA EL CABO MAYOR DEL PRINCIPADO.

Prescindiendo ahora de barbas menores, detalles que despues saldrán, sigamos los pasos del cabo Gancho.

Pero digamos de camino, para dar más interés á la accion, lo que era el Cabo mayor del Principado.

De fisonomía dura y maneras rígidas, súbitas, tácticas, digámoslo así, como sujetas á tiempos del ejercicio; de voz tonante y de carácter fosco y fulgúreo á la vez, fiero, en una palabra, este general venia á ser la encarnacion verdadera del mismísimo Mavorte.

Siempre disciplinado y disciplinante, si él no echaba un pié fuera de la ordenansa, no permitia tampoco que nadie sacara de ella una mano, un dedo, ni una uña, sometiéndolo á la ley peual de su absorbente fuero aun á sus propias hijas.

No hemos de omitir algunas reminiscencias de vulgar tradicion, para que no se crea que mentimos ó exageramos.

Diz que una vez hubieron las hijas de hacer ascos del rancho de la guardia pretoriana, y el padre les hizo comer rancho una semana entera.

Otra vez se compadeció la más jóven de un centine-la que tiritaba de frio, sin poder abrigarse en la inmediata garita, y el padre obligó á la hija á hacer esta funcion de servicio.

En otra ocasion se sonrieron sin cosa de intencion, las dos sencillas jóvenes, al pasar la bandera de un cuerpo de tropa por delante de palacio, y el padre castigó el supuesto desacato, arrestando á las dos por quin-ce dias.

Cuéntanse otras muchas anécdotas sobre este punto de marcialidad doméstica; pero basten las citadas y entremos en otros detalles para redondear el carácter, bien que sea de suyo harbo auguloso.

Hasta sus necesidades fisiológicas tenia el general sometidas al rigor disciplinario, y en su virtud, jamás tenia gana de comer, ni de beber, ni de otras cosas naturales, sino á sus horas marcadas. Tan solo una vez en su vida se le hubo de insubordinar el vientre, y diz que estuvo á punto de pasárselo por las armas.

Y no solo sus funciones fisiológicas, que aun la conciencia misma tenia tambien bajo su privilegiado fuero. Así, pues, creia en Dios, pero siempre que á Dios nombraba, habia de decir respetuosamente Dios, Señor de los ejércitos.

Era, en fin, y debia ser necesaria y fatalmente, un hombre torvo, cejjunto, sério, y tan sério, que con ser inteligente podia decirse que era irracional, como quiera que no entraba en su expresion la risa ni aun la sonrisa, signos característicos y exclusivos ambos del hombre.

Tal era en cuerpo y alma el cabo mayor del Principado, cuyo nombre no recordamos en este momento, ni nos hace tampoco maldita la falta. Basta recordar sus méritos.

Era, sin embargo, un hombre de mérito, segun hemos dicho imparcialmente, dignísimo, por tanto, de nuestro recuerdo.

Y al foco de esta fulminacion de méritos y servicios de mil diablos, fué á llevar su justa queja el cabo sin letra ni pluma, José Ramirez (alias) Gancho, con quien descansamos un momento en la antecámara, para presenciar más á gusto esta singular entrevista.

III.

DONDE EXPONE SU QUEJA EL CABO GANCHO.

El cabo mayor tenia una cualidad amable.

Era un absurdo; pero siendo una buena costumbre, podia ser, y era efectivamente una virtud este absurdo.

Por razon de tono ó importancia, acostumbraba su excelencia hacer esperar en su antecámara á todos los que lo buscaban; pero este tiempo de espera crecia ó decrecia en proporcion inversa al grado que se anunciaba: el grado más humilde esperaba menos; el soldado, cuyo grado es negativo, ese no esperaba nada.

En esta proporcion, el cabo Ramirez estaba en presencia del general á los dos minutos de anunciarse.

—A la órden, mi general, dijo saludando con una gran zalema, que muy luego deshizo para tomar la tiesura de ordenansa.

—¿Qué ocurre? preguntó S. E. fieramente.

—Una incurcencia argo inrigular.

—Hable V.

—Con premissa.

Y el cabo Gancho calló, no por embarazó ciertamente, que él no adolecia de este achaque de cabos Romos y Surdos, más por la conveniencia de preparar su discurso con toda pulitiva.

—¡Vivo! exclamó S. E. dando á su interjeccion la fuerza de un cantarazo.

—Por úrtimo, dijo reasumiendo ya el otro; yo soy el cabo Ramirez, ú Gancho por mal nombre, que es mi bueno al rispitiivi de lo mucho que intitula, y venia á quejarme con to el rigor de las leis contra mi mesmo capitán.

—¡Pardiez! exclamó otra vez S. E. mirándolo con ojos de lumbré. ¡No sabe el cabo de escuadra que hay para eso el conducto de ordenansa?

—No lo inoro.

—¡No le ignora, y osa venir á mí directamente! ¡Mil rayos! ¿Por qué no fué á su mayor?

—He dio y no....

—¿Por qué no fué á su coronel?

—He dio, y tampoco....

—¡Tampoco! ¿Entónces son tres las quejas?

—Justas y cabales.

—Quéjese, pues.

—Me quejo, señó, de mi capitán por un asurdo mu grande que ha jecho en menoscabo de este su siguro servior; me quejo de mi mayor, porque no l'ha jecho na al capitán, y me quejo de mi coronel, porque tampoco ha jecho maldesía la cosa al mayor. Pero á mí sí que m'han jecho dambos á dos una jeria en el mesmo cora-son, echándome á cajas estemprás.

El general rechinó los dientes, como si mascara agrio.

Despues preguntó con aparente calma:

—Y en qué le ha faltado el capitán?

—Pos m'ha fartao... yo diré á Güesencia....

—¡La verdad! interrumpió el general; la verdad, para echarlos á un castillo ú mandar que ahorquen á usted.

—Asento, dijo el cabo Gancho confiando en la justicia de su causa.

—Explíquese V. bien, y pronto.

—Pos señó, como diba disiendo, yo solo soy capás de jaser más enganche pa las banderas del rey nuestro señor (que Dios guarde), que tos los cabos y sagentos juntos de las partias de leva. Esto, señó, lo tengo aprobao en las levas antiriores; de esto sargo galante en toas las pustiiores, y por esto me yaman el cabo Gancho, mal nombre, que como dije es mu güeno, porque intitula toa la gracia que Dios mí ha dao á mí pa conquistar güenos mozos... y güenas mozas tambien si fuera presiso, en bien del silvisio rial del rey nuestro señor (que Dios guarde).

—Adelante.

—Pos señó, como diba isiendo, mi capitán, que es un hombre mu á perpósito pa to, ménos pa el efento de riconoser la grasia que Dios da á argunos hombres, y sin saber lo que toito el mundo sabe respitiivo al cabo Gancho, ha nombrao pa las banderas de leva al cabo Surdo y al cabo Romo, y jasta á un tartaramuo, que no jarán los tres juntos ni seis hombres, y me jechó á mí en orvío involuntario, ¡á mí! que hubiera jecho seiscientos, supretesto de no saber yo de pruma.

—¡No sabe V. escribir! dijo con extrañeza el general.

—Ni una letra, contestó con cierto orgullo el cabo lego.

—Y entónces, ¿cómo ha ascendido V?

—Pos eso es lo que yo digo. ¿Cómo he asendio yo, ni qué soy, si no soy el cabo Gancho?

—¡Ah! exclamó su Excelencia comprendiendo la metafísica, ó sea más propiamente, el busilis de su infimo subordinado. ¿Es decir, añadió, que ha ascendido V. por méritos de enganche?

—¡Ajá! Por mis méritos riconosios, cuando fi y me truje pa acá setenta mosos sin tener ni otavia nenguna insinia de mando, me jiso cabo é cuadra el antirior coronel, que era un hombre mu riconoseor de los méritos y silvisios. No sé de pruma, es mu sierto, pero pa enganchar los mosos no es melester pruma, ni tinta,

ni papel. Y to es selvir al rey, y otavía se silvo así más mejor. Este orvío é mi presona es, señó, la queja que trayo enlante de güesensia, y espero faga osté lo que le paesa más importuno, prosupuesto que es el rey, nuestro señor (que Dios guarde), quien pierde en esta paltia; yo, por mí, no pierdo na más que el pundolor.

El fosco general siguió callando aun algunos momentos, con expresion de discurrir algo extraño.

—¡Conque tanta gracia, dijo luego, tiene V. para el enganche!

—Eso paese y es verdá.

—Pues quisiera una prueba de tan buen servicio.

—Pos no tiene güesensia más que rimitirme aljuntó á cualquier partia, y siempre y cuando yo solo no jaga más avio que tos los naides, soy consiente en pagar con el piscueso.

—Quisiera yo presenciar esa prueba.

—¿Y cómo lo jaremos?

—Muy facilmente. Figúrese V. que está ya de enganche.

—Y ¡á quién he de enganchar, señó?

—A mí, contestó el general con llaneza inverosímil.

—¡A güesensia! exclamó el cabo Gancho con verdadero asombro.

—Sí; figúrese V. que yo soy un pobre mozo y á ver de qué modo me conquista.

—¡Qué barbaria! dijo el otro con sencillez homérica.

—Fuera de escrúpulos, y á ver cómo me entra V., combate mis objeciones y me engancha.

—Pero señó....

—Es mi gusto.

—Pus señó, tiene güesensia un gusto muy enri-gular.

—Lo ordeno y mando, dijo el supuesto mozo con tono de general.

—Obedeso. Pero no pueo obedeser tan y miéntras no tenga á la mano los ingredientes nesezarios que me fartan.

—¿Qué ingredientes son esos?

—Son, verbo y grasia.... arguna cosa ú argo que echar á perder, enclusive con bebia, sigarros y emas efentos oprotunos.

—Pida V. todo lo que le haga falta, como si estuviera en su casa.

—Hemos de estar, señó, en la taberna.

—Pues figúreselo V. tambien.

—¡Es un compromiso atrás! dijo el cabo fluctuando todavía.

—Ya he dicho que es mi gusto, acentuó S. E.

—Pos si es su gusto, al avio.

Y el cabo Gancho tomó una silla y se sentó al es-critorio, mano á mano con el capitán general.

—Advierto á V., dijo S. E., que le daré baquetas, si no me conquista.

—Asento, contestó confiadamente el cabo. Pero y si le conquisto, ¿que me daré güesensia?

—Lo que sea digno de los dos.

—Pos de partia.

—Nó, ya estamos en la taberna.

—Pos que trayan lo que farta.

Y el cabo Gancho golpeó sobre la mesa, diciendo á voz en grito:

—¡Hola! ¡Patrona! ¡Chi ¡uiya!

(Se continuará.)

LOS CELOS.

HISTORIA ANTIGUA.

I.

—¿A eso le llamas querer?

—¿A eso le llamas amar?

Falsa y desleal mujer,

tus instintos son vender,

tus caricias son matar.

Ángel te creí, é inquieta

«por tí mi perfume exhalo.»

te dijo mi alma. ¡Ah veleta!

veo que eres sin careta

ángel, sí, pero ángel malo.

Yo hice de tí mi ilusion,

yo fijé en tí mi cariño,

yo fui sordo á la razon,

yo te dí mi corazon

con la candidez de un niño.

¿Y tú? ¡Verdugo cruel!

¿Qué hiciste tú? Darme aprisa

un veneno en tu sonrisa,

un filtro en tu amor infiel.

¡Maldita seas Elisa!

II.

Por la orilla del canal

una dama y un doncel

van con furia sin igual.

Ella acaricia un puñal,

él aprieta un gran cordel.

Dice ella:—¡No quiero verte!

El exclama:—¡Adios, ingrata!

Ella dice:—¡Cruda suerte!

Y él replica:—¡Patarata!

¡La muerte, venga la muerte!

III.

Desencajado el semblante,

la dama cayó á sus piés,

y el galán murió al instante.

Advertencia interesante,

(era el año ¡veintitres!)

CASCABELES.

El Español, periódico ministerialísimo, dice que le han recordado dos veces.

¡Pobrecito! Está pasando unos trabajos atroces. Esa noticia nos ha hecho llorar.

Al fin habrá conciertos este verano en los Campos Elíseos, por la sociedad de profesores que dirige el popular Barbieri.

Un poquito menos de música clásica, y alguna música popular española es lo que pedimos al señor Barbieri, si puede ser bucnamente.

La España dice que lo que hay en España son masas de hombres honrados que reniegan de la política, y solo quieren tranquilidad y justicia.

Es una verdad muy grande, y por eso tienen tan poca suscripción La España y otros periódicos que hacen la política que aquí se estilaba.

La Correspondencia, La Epoca, El Espíritu nacional y otros periódicos, suprimen a El Cascabel en la lista del timbre. ¡Valganos Dios! ¡qué pequeñeces!

La Correspondencia paga casi una mitad de lo que pagaba por timbre hace un año ó dos. Lo comprendemos.

Pasa V. por delante de una sastrería, ve V. un gaban llamante, entra V., lo descuelga, se lo pone V. sobre los hombros y echa V. á correr. El sastre le persigue á V., le detiene, le llevan á V. á la cárcel, y es V. un ladrón hecho y derecho.

Pero ve V. el mismo gaban, entra V. en la sastrería, hace V. que el sastre le tome medida para hacerle otro igual y le da V. las señas de su casa. A los seis días, el sastre, con sombrero en mano, entra en casa de V., le prueba el gaban, y visto que no tiene defecto, se lo deja á V.: V. le dice que ya pasará por allí, y no vuelve V. á pasar ni á estar en casa cuando el sastre vuelve, ni le envía V. las señas si se muda. Y no solamente no es V. un ladrón, sino que es V. un parroquiano, un caballero, un caballero y un parroquiano aunque no haya V. pagado el gaban, que es precisamente lo mismo que quería hacer el ladrón.

Veán VV. un anuncio del Diario del martes último: «Se vende un coche nuevo llamado duque victoria, para guiar señoras y caballeros.»

Caballeros podrá guiar el tal coche, pero lo que es señoras... esas no se dejan guiar así como se quiera.

También veó en el mismo Diario un anuncio, según el cual se tras-pasa un cuarto con los muebles de confitería, y al que los compre se le enseñará á trabajar en pocos días en toda clase de dulces para niños, y se cede una buena parroquia....

Estamos verdaderamente en el tiempo de las ganancias. Encontrar un cuarto, muebles de confitería, maestro confitero que enseña á hacer dulces para niños y una parroquia, es un fortunon que nadie podría imaginar.

Empezamos hoy á publicar, y lo terminaremos en los dos

números siguientes, un donoso cuento inédito, titulado El cabo Gancho, que creemos ha de agradar mucho á nuestros lectores.

LOGOGRIFO.

Ocho letras son las mías y en ellas encontrarás: lo que Tamberlick, la Penco y Selva pueden cantar; lo que sabe hacer la Borghi con mucha facilidad; una nota que presumes que debe ser musical, y otra que tiene también idéntica cualidad; una flor que es un emblema; una prenda militar; un nombre propio; una frase que acaso tristeza da; lo que llamo yo á mi tía, monja en esta capital; lo que hubo un año en Junio, y Dios quiera no haya más; lo que ha de tener un hombre cuando se pone á cazar; el nombre de un gran poeta; lo que en los fósforos hay, y algo más que no lo digo para mayor brevedad. El todo es un personaje, ya lo puedes acertar.

Ha empezado á publicarse un periódico titulado La Teocracia.

El título promete por cierto.

Se va á publicar en esta corte un periódico titulado El Día. Con el mismo título se publicó hace tiempo un periódico político que logró gran fortuna, y del cual tenemos nosotros los mejores recuerdos.

Complacemos á La España publicando el siguiente suelto, que hemos visto en nuestro colega:

«El CASCABEL, haciéndose eco de otro periódico mal informado, reproduce cierto ataque contra una tiple del teatro del Circo, á propósito de algunas palabras mal sonantes pronunciadas por dicha señora, faltando á la consideración que al público se debe.

Nosotros, que presenciamos el hecho, debemos advertir, que la noche en cuestión, por causas que no son de nuestra competencia, las coristas del Circo se decidieron á no cantar su parte, y hubo coro en que solo se oía á la orquesta: la tiple aludida por los periódicos, que respeta mucho al público, procuró con frases conciliadoras hacer entrar en orden á las que faltaban á su deber, y no fué escuchada; y si al ver que la comprometían en escena dijo alguna expresión de esas naturales en un momento de contrariedad, estaba tan justificada, y fué dicha en voz tan baja á las personas que tan sin consideración se burlaban del público, que nunca debieron ser oídas por periódico alguno. Lo que todos vimos aquella noche fué la rebeldía de las coristas, que obligó á la autoridad á intervenir en el asunto.»

Una de aquellas amazonas era Cristina.

Nada había ponderado la fama al pregonar su hermosura, pues estaba encantadora con su largo vestido, su gracioso sombrero de paja, y acariciando suavemente con el látigo al altivo alazán, que orgulloso con su carga, parecía redoblar la velocidad de su carrera.

Cerca llegaba ya de la puerta, cuando el caballo tropezó ligeramente con el pobre loco, inmóvil en medio del camino.

Cristina, indignada de que no le abriesen paso, con ademán respetuoso, y sin reparar en las canas que cubrían su cabeza venerable, le sacudió tan fuerte latigazo, que Norberto, que se bamboleaba todavía de resultados de su choque con el caballo, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Margarita soltó un grito, y corrió á socorrerle, mientras Cristina, aunque algo confusa, decía con despecho:

—Siempre esa genticilla ha de estar en todas partes, y luego se quejan si se les da su merecido!

—Cristina, has hecho mal, se aventuró á decir Leopoldo, sintiendo amargamente que la primera palabra que la dirigía fuese un reproche.

—¡He hecho mal! ¡he hecho mal! ¡por qué no se apartaba? respondió Cristina con aire mohino mientras bajaba del caballo, que entregó á un criado.

—Sobre todo, dijo su compañera imitándola, nada hay perdido. Afortunadamente no se ha hecho daño, y con esa clase de gente, en dándoles algún dinero, queda zanjada cualquier diferencia.

Cristina, que en realidad conocía que había hecho mal, se aprovechó vivamente de la idea de su compañera, y sacando algunas monedas, fué á ofrecerlas al anciano, quien aturdido aun por su caída, estaba apoyado en Margarita.

—No, hermana, la dijo ésta con dulzura, rechazando las monedas, Norberto no es un mendigo, y denada necesita.

El semblante del anciano se había enrojecido de vergüenza.

—Dinero á mí! murmuró con voz sorda. ¿Quién soy yo? ¿No soy el que se sentaba á la mesa de sus reyes? ¿Por qué me insultan? ¿por qué me afrentan?... ¡Ah! ¡ah! ¡ah! repuso con una estridente carcajada, ¡es que yo no soy yo! ¡es que yo he muerto!... ¿Cómo han de respetar una vana sombra?

He aquí una curiosa nomenclatura que hallamos en el Figaro francés:

Amsterdan comercia, Atenas conspira, Berlín medita, Bruselas disiente, Dresde se lamenta ó se asombra, Dublin mendiga, Edimburgo sueña, Florencia está con la boca abierta, Francfort cuenta, Génova lee, Hamburgo come, Hannover duerme, Casell sopla, Constantinopla se baña, Copenhague se adorna, Leipzig lee, pero solo su periódico local, Lisboa sonríe, Londres se fastidia, Lyon trabaja, Madrid fuma, Manchester embala, Mannheim jura, Marsella canta, Munich bebe, Nápoles suda, París habla, Pesth habla más, San Petersburgo calla, Stockolmo se divierte, Turin se viste de gala, Venecia ama, Varsovia suspira, Viena digiere y Roma reza.

Ya han recibido nuestros suscritores de Madrid el primer pliego de La Gatomaquia, y próximamente lo recibirán los de provincias. Esta obra la terminaremos en breve.

Estamos combinando la manera de dar gratis á nuestros suscritores una colección de obras de gran mérito, en prueba de que deseamos complacerles.

Demasiado conoce el benévolo lector que por ahora no podemos dar al periódico el interés político que deseáramos, y como compensación, además de procurar hacer la lectura de El CASCABEL todo lo amena y variada que sea posible, queremos ofrecerles un regalo verdaderamente útil. Por el sistema que vamos á adoptar, el lector tendrá cada año gratis una colección de obras selectas, que le hubieran costado de otro modo doble que la suscripción al periódico, por lo menos.

Geoglífico del número anterior.

En la mesa y en el juego se conocen la educación y principios de las personas.

La charadita del número anterior, es anónimo.

El Sainete nos dirige una atenta comunicación, manifestándonos su deseo de que anunciemos que suspende su publicación temporalmente, para volver á ver la luz pública con otras mejoras.

Queda complacido; y mande otra cosa.

Llama mucho la atención el libro que ha publicado en París Monsi ur Charles Iriarte, escritor distinguidísimo. El libro se titula Goya, y es un estudio completo de la vida artística de este famoso pintor español, y le acompañan copias de las mejores obras de aquel artista. El señor Iriarte tiene gran afición á la literatura y artes españolas, y se complace en darlas á conocer y hacerlas apreciar en el extranjero. Debemos darle gracias por su buena voluntad, y felicitarle por sus concienzudos trabajos.

La Lealtad opina que se debe conceder á los fabricantes de papel la protección que solicitan.

Se conoce que La Lealtad tiene mucho dinero que gastar en papel.

La Lealtad desearía que las sesiones de Cortes fuesen secretas.

Hable claro el colega, y diga que lo que desea es que no haya sesiones, ni Cortes.

¡Bonitas ideas se echan á volar en estos tiempos!

Y riendo y gesticulando se dirigió al camino de la montaña, perdiéndose entre los pino y abetos que la cubren.

Si triste fué este incidente, más triste y más sombría fué la entrevista entre la madre y la hija.

Nicanora, bajo la presión de la inquisitorial mirada de Andrés, contenía y refrenaba los impulsos de su cariño. Cristina luchaba entre su emoción y la contrariedad que experimentaba al llamar madre á aquella pobre mujer, reclinada en un tosco lecho, rodeada de humildes muebles. Otra contrariedad se unía á esta. Cristina era coqueta. ¡Ah, plegue á Dios que nunca sepan las inocentes jovencillas lo que es una coqueta! ¡extraño compuesto de egoísmo y vanidad, de envidia y de baja!

Cristina, reina de tantos corazones, ídolo al cual tributaban incienso tantos adoradores, así que supo que su hermana se casaba, tuvo envidia de su ventura. ¡No quería que hubiese ni un solo hombre que mirase á otra en su presencia!

¡Y la guerra sorda, sin tregua, que declaró á la pobre Margarita, empezó al pie mismo del lecho en donde gemía su madre moribunda!

¡Extraña monstruosidad que apenas puede concebir la mente, en quien no está destituido de todo noble y generoso sentimiento!

A consecuencia de la nueva pasión que la dominaba, Cristina tributó á Andrés las muestras de afecto que debía tributar á Leopoldo, y fué necesario que el interés del primero fuese muy grande para que pudiese resistir á los ataques de su coquetería.

No dejaba de secundar á Cristina en su piadoso fin, bien que trabajando por cuenta propia su compañera de viaje, que no era otra que la marquesa; y ántes de pasar más adelante, bueno será dar alguna idea de este nuevo personaje.

Era una mujer, como he dicho, de sesenta años, pálida y delgada. Aunque en las arrugas de su rostro estaba grabada la fecha lejana de su nacimiento, guardaba, no obstante, aquella forzada movilidad de facciones que las mujeres galantes conservan hasta la muerte.

Por lo demás, ningún rasgo notable ofrecía su rostro, de expresión dura, fría y sarcástica.

(Se continuará.)

ESPIGAS Y AMAPOLAS.

NOVELA DE COSTUMBRES

de

DOÑA ANGELA GRASSI.

CAPÍTULO IV.

(Conclusion.)

—¡El sa... cer... dote... el es ...cri... ba... no, pron... to... pron... to... aun... es... tiem... pol...

Los asombrados testigos de esta escena, se miraban unos á otros, sin poder adivinar la solución de tan extraño enigma.

Por fortuna ó por desdicha, en aquel instante resonó el cercano galope de algunos caballos.

—¡Cristina! gritó Leopoldo, que estaba inmediato á la ventana.

La anciana lanzó un grito estridente de júbilo y dolor:

—El in... fier... no... ha... triun... fado! murmuró cayendo desplomada sobre el lecho.

CAPÍTULO V.

EL MEDALLÓN.

Una mujer coqueta es un hombre de estado.

B. P.

El error que cometen las mujeres en su mayor número, consiste en trocar los sentimientos por la coquetería ó el talento.

E. Jouv.

Los personajes de la anterior escena se agolparon á la puerta de la casa, y vieron llegar a dos amazonas, montadas en caballos blancos, y seguidas de varios criados, también á caballo.

CANTARES.

El poeta, en sus cantares expresa su sentimiento, y yo siento no poder cantar todo lo que siento.

El día tiene su aurora, el año su primavera, el hombre tiene la infancia, el alma la gloria eterna.

Cuando vamos por la calle, todos con envidia dicen dejando libre la acera: «¡Dos almas que son felices!»

Los mares anda surcando mi amor en débil bagel. ¡Ojos que le vieron ir, cuándo le verán volver!

A las flores del almendro mis amores se parecen, en que los abraza el hielo, y en que apenas nacen, mueren.

Las pestañas de tus ojos á tus ojos la luz roban: son las nubes que á mi alma dejan en oscura sombra.

Para mejorar al hombre ningún medio el hombre tiene: el hombre ha sido y será lo que quieran las mujeres.

Es el iris la sonrisa del ángel de la inocencia, que sonríe desde el cielo contemplando tu pureza.

Es el amor una mina de inagotable filon, cuando la explota el cariño y la dirige el honor.

El coral de los zarzillos tiene celos de tus labios, porque sin ser de coral son mucho más encarnados.

Cuando en la iglesia te oí cantar las flores de Mayo.....

¡quién había de decir que cantabas en la mano!

El amor de los amores, es el amor de una madre; se graba en el corazón y nunca llega á borrarse.

Muy pobre se quedó un rico y murió en un hospital. El que pierde sus tesoros, encuentra la caridad.

El día que me olvidaste creyeron que me moría cuando me vieron llorar... y lloraba de alegría.

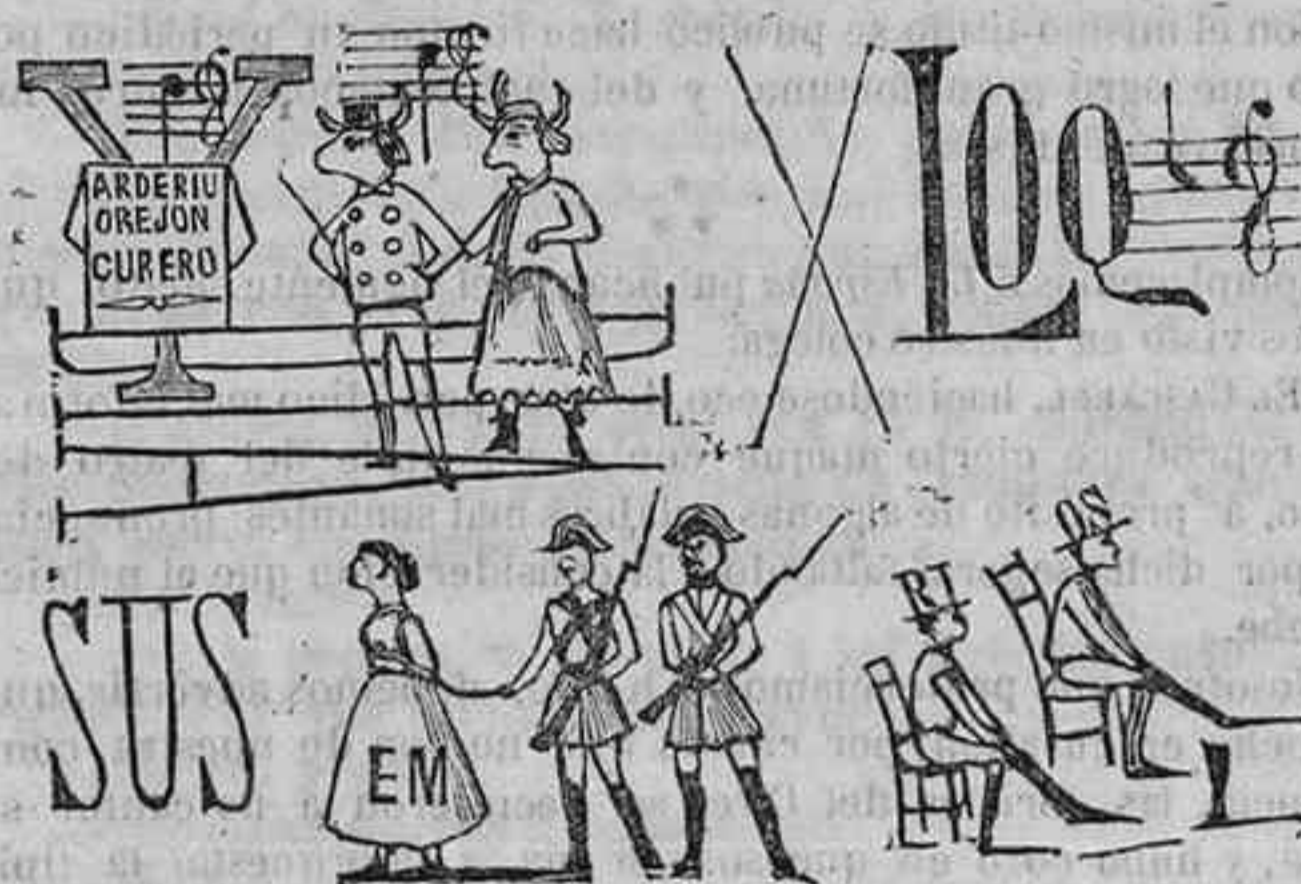
Al pié de tu sepultura plantaré sauces llorones, para que lloren los sauces ya que no lloran los hombres.

La ciencia y la religión tienen su martirio. ¡Cuántos mártires tendrán el amor y el matrimonio!

En coche de todo lujo la llevaron á enterrar: ¡vanidad, nada, miseria, el orgullo mundanal!

En el nacer y el morir dicen que somos iguales: algunos nacen de piés y muchos mueren de hambre.

GEROGLÍFICO.



IMPORTANTE A LOS SUSCRITORES DE EL CASCABEL

VIAJE CÓMICO

DESDE MADRID A LA EXPOSICION DE PARIS,

ESCRITO POR

D. CARLOS FRONTAURA.

Obra curiosa, amena y divertida.—Anécdotas, chistes, costumbres, tipos, caricaturas, etc., etc.

Esta obra, que formará un tomo elegantemente impreso, se publicará á su tiempo, despues que el autor haya vuelto de su viaje.

El autor la escribe para los suscritores de EL CASCABEL, quienes la recibirán mediante 4 rs. los de Madrid, y 5 los de provincias, que se han de pagar adelantados, y precisamente de aquí á fin de Mayo.

Cada suscriptor tiene derecho á dos ejemplares, dando por ellos 8 rs., si es de Madrid, y 10 los de provincias.

La empresa de EL CASCABEL responde de las cantidades que los suscritores adelanten, si el libro, por cualquier circunstancia, no se pudiera publicar.

ALBUM DE UN LOCO,

POESÍAS NUEVAS

DE DON JOSÉ ZORRILLA.

Un tomo en 4.º, elegantemente impreso en papel glaseado y satinado.

Precio: 30 rs. en Madrid y 34 en provincias, franco de porte. Se vende en la Administración de este periódico.

MANUAL DEL CRISTIANO,

POR DON JOSÉ PULIDO Y ESPINOSA.

Este precioso libro comprende toda la parte doctrinal y práctica de los Católicos, las oraciones diarias, el Rosario, el Via-Crucis, Confesion y Comunión y todas las misas de Santos, y fiestas movibles y fijas del año, é igualmente todas las Dominicas, y además una Semana Santa completa, habiendo podido reducir tanta lectura religiosa á dos tomos, que contienen 972 páginas y láminas en acero, y forman una verdadera biblioteca cotidiana del Cristiano.

Se venden los dos tomos, encuadrados á la rústica, á 16 reales en Madrid y 20 para provincias, en la Administración de EL CASCABEL y en las principales librerías.

Con encuadraciones de más lujo, de 24 á 60 rs.

Los pedidos de provincias, á la Administración de dicho periódico.

Las personas caritativas que gusten favorecer á una señora madre de familia, que por carecer de recursos se encuentra en la mayor indigencia, y tiene necesidad de tomar baños de mar, se servirán entregar al señor Rector del Hospital de la Latina, sito en la calle de Toledo, la cantidad que tengan por conveniente.

ANUNCIOS.

Perfecta salud á todos.—La Revalenta Arábica de Barry de Londres, cura sin medicina y sin gastos las gastritis, gastralgias, dispepsias, constipaciones, hinchazones, flatos, insomnios, diarreas, náuseas, pituita, hipos, acedias, reumas, catarros, fiebres, toses, asma, tisis, debilidad, histerico, neuralgias, herpes, enfermedades de la garganta, de la vejiga, de la respiración, de los riñones, de los intestinos, de los nervios, del hígado, de la mucosa, del cerebro y de la sangre.

Esta deliciosa harina de salud economiza mil veces sus precios en otros remedios: 65,000 curaciones de enfermedades rebeldes á todo tratamiento, en cuyo número está comprendida la feliz curación del Santo Padre Pio IX, la de la marquesa de Bréhan, del duque de Sluskow y otros.

En cajas de media libra, 12 rs.; una libra, 20; 12 libras, 170; 24 libras, 300 rs. Casa de Barry y compañía, núm. 1, calle de Valverde, Madrid. Depósitos. Señor don José García.—Señor Borrel.—Señor don Vicente Miguel.—Señor don Carlos Lizarrun.—Señor Sanchez Oceana.—Señor Escobar.—R. Cuyas, Barcelona, calle Llauder.—Ramon Piñal, Cádiz.—José Maria de Somonte, Bilbao.—Jorge Hodgson, Málaga.—Roberts, Gibraltar, y todos los principales droguistas y boticarios en las demás provincias. 92

ALMACEN DE CAMAS ECONÓMICAS, con Real privilegio exclusivo.

Los señores Huguet y Suñé ofrecen al público su establecimiento, calle del Arsenal, números 19, 21 y 23, donde hallará gran surtido de camas de perfecta y sólida construcción, desde los precios más ínfimos á los más altos, fabricadas por un nuevo sistema y de mucha duración, aunque sean con frecuencia armadas y desarmadas. También hay otros objetos, preciosos en las artes, fabricados de hierro y otros metales.

Estos señores pueden asegurar que no hay competencia posible en ningún otro establecimiento de su clase. 40

FONDA DEL COMERCIO,

Alcalá, 1, esquina á la Puerta del Sol.

Hospedaje con todo servicio, desde 20 reales en adelante, y cubiertos desde 6 reales arriba. 11

Seis retratos inmejorables, 24 reales. Calle de la Visitación, núm. 1, esquina á la del Príncipe. Se hacen reproducciones. 9

Cok superior del gas con astillas, 13 Urs. quintal; carbon de encina y de piedra, hulla y carboncillo de fragua, á precios arreglados. Farmacia, núm. 1. Exactitud en el peso. 11

Se desea una persona que sea desdijada para acomodador de un teatro de la calle Fuencarral, núm. 20, duplicado, el portero dará razón.

IMPORTACION DIRECTA DE TABACOS DE LA HABANA, DE LOS SEÑORES SAN ROMAN Y MAGUREGUI, CARRERA DE SAN GERÓNIMO, NÚM. 5.

Esta casa acaba de recibir un brillante surtido, que puede satisfacer el gusto más exquisito, sin que el millar pase de 140 duros.



Es el mundo una orquesta á la que debemos asistir, y esenchar colocados convenientemente según la distancia que necesiten los oídos de nuestro corazón.

VERDADERO Y ÚNICO REGENERADOR DE LA CABELLERA.

Ha llegado á preocupar tanto á la opinión pública el Aceite de Bellotas, que con frecuencia surgen controversias acaloradas.

En la escena, en la prensa, críticos serios y satíricos, médicos, farmacéuticos y todos en general y por doquier, comentan las propiedades higiénico terapéuticas del nuevo descubrimiento, y en muchas ocasiones sin autoridad para ello.

Aunque inventor de este proflítico tocador, cuyo secreto ha estado oculto á todos los hombres que me han precedido desde la creación, solo me limitare á decir con VAUBERNAGE: «Pocos, por no decir ningún pensamiento ó invención, pueden ser evidentes á todos los ojos.» Antes de entrar en nuevos debates debéis usar este específico, recomendado por más de 40 periódicos, que se vende en la calle de Jardines, núm. 5, al precio de 6, 12, y 16 rs. franco. Si mi indicación la juzgais parcial, á continuación trascrito lo que decía espontáneamente La Reforma del 16 del actual:

ACEITE DE BELLOTAS.

Cada día se extiende y generaliza más el uso de este precioso aceite, á la vez utilísimo como cosmético y como medicamento, pues no solo conserva, fortifica y hace crecer el cabello, sino que cura muchas dolencias de la cabeza, y principalmente las erupciones herpéticas. En prueba de ello hemos tenido el gusto de leer numerosas cartas dirigidas á su inventor, el laborioso español don Manuel Lopez de Brea y Moreno, por personas de todas clases y categorías, manifestándole su gratitud por los beneficiosos resultados que han obtenido de esta invención, ya recobrando el cabello que habían perdido, ya evitando una canicie prematura, ya también librándose de afecciones cutáneas que habían resistido á los más energicos y preconizados remedios. En su vista, es de esperar que el Aceite de Bellotas llegue á figurar en todos los tocadores con preferencia á los demás cosméticos que nos vienen del extranjero, y que de cierto no son tan eficaces, ni sobre todo, tan inocentes.»

VALENTIN GALVEZ.

CAMISERÓ DE CÁMARA DE S. A. R. EL SERMO. SR. PRÍNCIPE DE ASTURIAS. PUERTA DEL SOL, NUMS. 11 Y 12.—MADRID.

ALMACEN DE TABACOS HABANOS, PICADURA Y CAJETILLAS.

F. DE IBARRA Y MORALES, CALLE DE LA MONTERA, NÚM. 6.

Cajetillas (marca especial), 18 rs. docena. Picadura id. id., 30 rs. libra y una cajetilla real y medio. Idem en hebra para pipa, 30 rs. libra, y una cajetilla real y medio. Galanes á 75 rs. caja de 100 cigarros. Londres á 80, 90, 100, 120, 130 y 140 rs. Operas á 84, 90 y 100 rs.

Conchas á 100, 120 y 160 rs. Traucos á 100, 115 y 130 rs. Medias regalías á 120, 130, 140, 170, 200 y 260 rs. Regalías á 120, 130, 140, 170, 200 y 260 rs. Cazadores á 130, 150, 180, 190 y 240 rs. Brevas á 140, 150, 160, 170 y 190 rs. Imperiales á 300, 350, 400, 800 y 1000 rs.

NOTA. De todas las clases expresadas, existen cajas abiertas para expender por menor.

BAÑOS TERMALES

ACIDULO-SALINOS DE LAS CALDAS DE BESAYA, en la provincia de Santander.

Este gran establecimiento, situado á 14 horas de Madrid por el ferro-carril del Norte, con estación en el mismo punto, y una de Santander, queda abierto oficialmente al público el día 1.º de Mayo.

Temperatura natural de las aguas, dos manantiales de 28 y 30 grados Reaumur, otro de agua ferruginosa.

Estas se hallan indicadas, y así lo acredita una larga experiencia, en toda clase de reumas y enfermedades de la piel, en las afecciones del estómago, hígado, canal intestinal y de la orina, así como en las neurosis, flujos y enfermedades de la matriz.

Noticias más detalladas se encuentran en el folleto que se expende gratis en los portales de Santa Cruz, núms. 3 y 5, comercio de Caballos.

Se alquila una casa en Carabanchel abajo, con jardín, corral, cochera, cuadra, chimenea. Tiene sala, dos gabinetes, comedor, despacho, cuarto tocador, y tres dormitorios muy capaces. En esta Administración darán razón.

Por ausentarse su dueño, se venden una berlina en buen estado, y una yegua de mucha fuerza, con guarnición. Darán razón en la Administración de este periódico.

Gran bazar de mirinaques, faldas y corsés, Puerta del Sol, esquina á la calle del Arsenal.—En este establecimiento, recientemente abierto, se encuentra un abundante surtido de los expresados objetos, variedad en todos ellos, y notable baratura en los mismos. Las personas que se sirvan honrarlo, hallarán en él cuanto puedan desear, referente á estos artículos.

NOTA. Hay mirinaques para señora, desde el ínfimo precio de 4 rs. hasta 300, y faldas de cuatro varas de vuelo desde 24 hasta 300 rs. 12

FABRICA DE LICORES

DE LA VIUDA DE PASCUAL É HIJO.

PALMA ALTA, NÚM. 11. MADRID.

Licores ordinarios, finos, superiores y escharchados. Aguardientes, uones y vinos generosos.

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR.

Se facilitan prospectos y se remite á provincias. 9 19 M. 2 20 J. 4 18 J. 4 y 18 A.

MADRID: 1867.—Imprenta de El Cascabel, á cargo de M. BERNABINO, calle de los Caños, número 4.